

¿POR QUÉ ES IMPORTANTE LA IGLESIA?

La Iglesia cristiana ha experimentado unos cuantos desafíos de magnitud en los últimos años: de la cultura, de haber sido caricaturizada negativamente en la prensa y hasta del mal testimonio de algunos cristianos. Las más recientes estadísticas confirman los temores de muchos pastores y líderes: la gente ha dejado de congregarse (al menos en los Estados Unidos). Hasta los feligreses más leales se congregan solamente de vez en cuando. En 2014, el Centro de Investigaciones Pew publicó los resultados de una encuesta confiable sobre la asistencia a la iglesia en los Estados Unidos, la cual demostró que en los siete años transcurridos desde la encuesta anterior (2007), la asistencia semanal mermó en un 3.7% a pesar de que durante ese período hubo un aumento poblacional de dieciséis millones de habitantes¹. Como muestra, solamente el 27% de los mileniales asiste a la iglesia una vez a la semana². La Iglesia, que antes era considerada vital para la comunidad, ahora está luchando por dejarse oír y ser pertinente.

Así que, ¿por qué es importante? Nótese que la pregunta no es, «¿de qué vale ir a la iglesia?». Esto supondría que la iglesia es, antes que nada, un lugar; empero, la primera pregunta supone que es el pueblo de Dios. Así que, ¿por qué debe la Iglesia ser importante para la creyente de hoy? ¿Por qué deben continuar los cristianos reuniéndose como el cuerpo de Cristo? Trataremos de responderlas en las siguientes páginas.

La Iglesia no es

Antes de que estudiemos el significado de la Iglesia, conviene que identifiquemos lo que *no es*. Tenemos algunas expectativas falsas de lo que debería ser o no ser. En primer lugar, **la Iglesia no es una colección de gente perfecta**, sino que los seguidores y las seguidoras de

¹ Pew Research Center, “America’s Changing Religious Landscape”, 12 de mayo de 2015. Disponible a través de www.pewresearch.org.

² *Ibíd.*

Cristo se reúnen con un fin en común. **En segundo lugar, la Iglesia no es un club social de los aficionados a cierto tema.** Como pueblo de Dios, no nos reunimos con gente que comparte nuestros intereses y actividades; antes bien, venimos ante la presencia de Dios con el fin de proclamar a Cristo capacitados por el Espíritu Santo. **En tercer lugar, la Iglesia no es un supermercado en donde «compramos» lo que se nos antoje³.** Nuestra reunión tiene el *fin* de glorificar a Dios. La participación en la vida comunitaria y cristiana significa que *primordialmente* nos enfocamos en Dios y segundo en los demás (Mateo 22: 37-40). **En cuarto lugar, la iglesia no es un hospital, sino un centro de capacitación para los cristianos que viven y sirven en el mundo.** Si bien es cierto que tenemos salas de «urgencias» para los pacientes que están espiritual y emocionalmente en condición crítica, la comunidad de fe no existe para atender a los moribundos cada domingo, sino para organizar las filas de soldados sanos que avancen la batalla contra el enemigo. El cuidado de las heridas es vital, pero si nuestra única función fuera el salvamiento de vidas, terminaríamos dañando la causa de Cristo y su reino.

¿Qué es la Iglesia?

Volvamos a examinar la naturaleza auténtica de la Iglesia. La respuesta a «por qué es importante la Iglesia» surge de la comprensión de los planes eternos de Dios.

1. La Iglesia es el cuerpo de Cristo. Esta metáfora trae a la mente las palabras de Pablo en el capítulo 12 de 1 Corintios: ustedes son el cuerpo de Cristo; si uno de los miembros padece, el resto del cuerpo se duele con él; todos los miembros comparten la misma honra; cada miembro está conectado a los demás. Como cuerpo de Cristo, sabemos muy bien que Jesucristo es nuestra

³ Esta imagen de la iglesia como supermercado es idea de Clay Sterrett, “Unrealistic Expectations of the Body of Christ”, *Decision Magazine* (Abril 1993). Una versión más completa aparece en <http://cfliterature.com/unrealistic-expectations.htm>. (Accesado en abril de 2017).

Cabeza. Se atribuye ese título porque es el Dios encarnado que habitó entre nosotros, vivó como ser humano, fue crucificado y resucitado *por* esta Iglesia, este pueblo de Dios: «Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio» (1 Corintios 6: 19b-20a; NVI). Éste es el cuerpo de Cristo, lo que implica que *como grupo* existimos para extender su presencia en este mundo.

La metáfora del cuerpo de Cristo no tan solamente expresa la intimidad de los miembros, sino también su origen como la congregación de «los llamados». El mismo Jesús dice: «Edificaré mi iglesia [ekklesía]» (Mateo 16: 18). Esto confirma que *pertenece* a Cristo Jesús («mi iglesia»), quien es responsable de edificarla. Entre Cristo y cada creyente existe un vínculo íntimo y personal por medio del poder del Espíritu Santo; sin embargo, todos los creyentes, locales y globales, también están vinculados íntima y corporativamente con Jesucristo. Como cristianos, *pertenece*mos a Dios y los unos a los otros. Cristo nos ha hecho partícipes de su gran proyecto cósmico de edificarse un pueblo para sí mismo y sus propósitos (Hebreos 12: 23).

La Escritura contradice la marea creciente del individualismo de la sociedad occidental, cuando nos recuerda que Dios nos ha destinado como comunidad de fe a que vivamos, aprendamos y trabajemos juntos. La Iglesia no es meramente una colección de individuos que se reúnen de vez en cuando, sino una familia de hermanos y hermanas en Cristo, a quienes el Espíritu ha unido para que crezcan en Cristo y trastornen al mundo para Cristo: «Por su acción todo el cuerpo crece y se edifica en amor, sostenido y ajustado por todos los ligamentos, según la actividad propia de cada miembro» (Efesios 4: 16; NVI). De la misma manera en que el cuerpo humano crece mediante el ejercicio y movimiento de los músculos, el cuerpo espiritual de Cristo tiene que ejercitarse en el amor: *cada parte hace su trabajo*. Los otros miembros son necesarios para que ocurra el crecimiento espiritual. Necesitamos que nos guíen, adviertan y llamen la

atención cada vez que nos involucremos en actividades que humillen a Cristo ante el mundo; tenemos que «chocar» con aquellos que están ejerciendo sus dones para que aprendamos la gracia de darles cabida en nuestro entorno. A esto se refiere cuando dice que cada uno crece a la «medida» o «estatura» de Cristo, la cabeza. Los líderes de la familia de Dios deben equipar a los miembros para que lleven a cabo obras de servicio, de tal modo que edifiquen al cuerpo de Cristo y cada persona madure hasta alcanzar la estatura de Cristo (Efesios 4: 11-13). Cuando trabajamos juntos, el Espíritu Santo obra en nosotros para que sirvamos a los demás y así, experimentemos el gozo del crecimiento espiritual del cuerpo.

¿Por qué es importante la Iglesia? Nos necesitamos mutuamente para que crezcamos al máximo de nuestro potencial en Cristo Jesús.

2. La Iglesia es el pueblo de Dios. Dios anhelaba un pueblo con el cual comunicarse y llevarlo a la comunión consigo mismo. El pueblo de Israel cumplió ese papel bajo el pacto anterior, pero ahora, gracias a la cruz de Cristo, todo aquel que crea puede ser parte. Justo antes de que entregara los Diez Mandamientos, Dios le dice a Moisés que les recuerde a los hijos de Israel que de Egipto «los he traído hacia mí... como sobre alas de águila» (Éxodo 19: 4; LBLA). Si obedecían y guardaban el pacto, serían su «especial tesoro», «un reino de sacerdotes» y una «nación santa» (Éxodo 19: 5-6; NVI). El Nuevo Testamento nos repite ese mismo lenguaje: «Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios...» (1 Pedro 2: 9a; NVI). Dios siempre quiso que los seres humanos vivieran en comunidad junto con otros miembros de su familia.

¿Por qué es importante la Iglesia? Dios desea un pueblo que viva unido en la tierra y con él por la eternidad.

3. La Iglesia es una comunidad en comunión con el Espíritu. Si de verdad somos el pueblo *de* Dios, deberíamos de meditar en su presencia transformadora en medio nuestro. En otras palabras, el pueblo de Dios debe reflejar la naturaleza de su Dios. ¿Quién es este Dios? Dios es trino, es decir, siempre ha vivido dentro de una comunión rica como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios es uno, pero nunca está solo ni es un solitario; siempre abunda en la riqueza de la comunión *mbio* entre Padre, Hijo y Espíritu, creando una sociedad divina que se distingue por la entrega del uno al otro. Padre, Hijo y Espíritu se «dan espacio» mutuamente. El pueblo de Dios como Iglesia precisamente está llamado a reflejar esa naturaleza abnegada. Este tipo de comunión va más allá de reunirse a comer o divertirse juntos; va más allá de un encuentro semanal u ocasional. La comunión que verdaderamente refleja la de nuestro Dios es una de *reciprocidad y respeto mutuo*. Los cristianos tienen el privilegio de reflejar la esencia «social» del Dios Trino en su comunión los unos con los otros. Imitamos su sociedad amorosa cuando disfrutamos estar en la compañía de otros creyentes (en primer lugar) y cuando la extendemos hacia los que no conocen al Señor. En primer lugar, aprendemos a amar dentro del contexto del pueblo de Dios, con quien nos hemos comprometido a vivir y trabajar juntos con el fin del crecer en Cristo; luego, aprendemos a amar a los demás, hasta a quienes son radicalmente distintos de nosotros, y así demostramos nuestra relación vertical con Dios en las relaciones horizontales que entablamos con otros seres humanos. Ello requiere que participemos en las vidas de los unos y los otros durante la semana, no limitándonos a un culto de domingo en donde saludamos a todos en general (véase Hechos 2: 42).

¿Por qué es importante la Iglesia? Dios quiere que su pueblo viva en una comunión gozosa con él y los unos con los otros.

4. La Iglesia es una congregación que adora en la presencia de Dios, escucha su voz, la lectura y proclamación de las Escrituras, que comparte abiertamente los dones y el fruto del Espíritu. Quizás ésta sea la respuesta más precisa en torno al por qué de la asistencia a la iglesia. La Escritura nos ofrece el ejemplo del mismo Jesús y su asidua asistencia a la sinagoga: «Fue a Nazaret, donde se había criado, y un sábado entró en la sinagoga, como era su costumbre. Se levantó para hacer la lectura» (Lucas 4: 16; NVI). Por consiguiente, es importante que el pueblo de Dios imite a Jesús. Los hábitos moldean nuestro carácter, ya sea para bien o mal. Una de las maneras en que somos moldeados a imagen de Cristo es, precisamente, acostumbrarse a reunirse como pueblo a adorar a Dios, escuchar la Palabra y trabajar juntos. El escritor a los Hebreos advirtió a sus oyentes (quienes estaban siendo perseguidos): «No dejemos de congregarnos, como acostumbran hacerlo algunos, sino animémonos unos a otros, y con mayor razón ahora que vemos que aquel día se acerca» (Hebreos 10: 25; NVI).

Cuando los creyentes se reúnen en una comunidad local, vienen con la expectativa de encontrarse con la presencia de Dios, mediante su Espíritu. El Espíritu de Dios los une y crea el espacio sagrado para que Dios more en medio nuestro. Su presencia hace que sus dones fluyan de los unos a los otros para el beneficio de todos. Sin embargo, tales manifestaciones nacen del fruto del Espíritu. El Espíritu manifiesta en nosotros el carácter de Cristo, nuestra Cabeza, para que compartamos su amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio (Gálatas 5: 22). Esta comunión amorosa facilita que el Espíritu use a quien él quiera (Hebreos 2: 4; 1 Corintios 12: 11) dentro de la congregación para que comparta una palabra de conocimiento o sabiduría, manifestar sanidades o milagros, profecías y discernir los

espíritus, así como hablar e interpretar las lenguas (1 Corintios 12: 8-11). El Espíritu es el responsable de distribuir sus dones entre los miembros del cuerpo de Cristo, pero la congregación tiene que estar dispuesta a recibirlos y compartirlos para la edificación de todos.

¿Por qué es importante la Iglesia? Dios espera que su pueblo se reúna a menudo con los fines de adorarlo, escuchar la Palabra, compartir y recibir los dones del Espíritu y estimulase los unos a los otros al amor y las buenas obras (Hebreos 10: 24; NVI).

5. La Iglesia es un pueblo con una misión: la misión de Dios. De esa rica confraternización en la adoración a Dios, salimos juntos a evangelizar a la gente. El amor de Cristo nos constriñe a ofrecerles el ministerio de la reconciliación (primero) y luego a servirles («darles un vaso de agua en el nombre de Cristo», Marcos 9: 41). ¿Cuán eficaces seríamos por nuestra cuenta?⁴ ¡Dios nos ha unido en pro del bienestar del mundo! Somos un pueblo «en misión» porque Dios es «misionero»; la riqueza de su amor y comunión consigo mismo estallan en la evangelización. La Iglesia debe continuar su misión para con los otros, a quienes Cristo amó cuando todavía se encontraban muertos en sus pecados (Romanos 5: 5-7). Somos los embajadores privilegiados que proclaman el ministerio de la reconciliación en Cristo (2 Corintios 5: 12-21). Nuestra misión es seguir la evangelización de aquellos que no guardan su semejanza⁵.

¿Por qué es importante la Iglesia? Dios espera que la Iglesia de hoy cumpla su misión en el mundo por medio de su pueblo.

Conclusión

Las iglesias locales pueden convertirse en graneros dignificados que no interactúan con la comunidad. En tales casos, el edificio ha pasado a ser más importante que la gente. ¿Por qué es

⁴ «El Compromiso Final» de la Iglesia de Dios establece como tercera prioridad «organizarse para evangelizar al mundo». De eso trata esta sección: juntos logramos más.

⁵ Este aspecto de la continuación de la misión de Cristo sobre la tierra es lo que impulsa la campaña de «El Compromiso Final» de la Iglesia de Dios.

importante la Iglesia? Sencillo: Dios quiere un *pueblo* para sí mismo, en donde la gente conviva y crezca en su discipulado para que continúen la misión de Cristo de amorosamente evangelizar al mundo. La Iglesia tiene ante sí el privilegio y el desafío de ser el pueblo de Dios.

Sometido ante el Comité de Doctrina y Reglamiento de la Iglesia de Dios

por Terry L. Cross (29 Nov 2017)

Lecturas sugeridas:

Cross, Terry L. *The Church: A People of God's Presence and Power*. (Forthcoming from Baker Academic, fall 2018).

Durnbaugh, Donald L. *The Believers' Church: The History and Character of Radical Protestantism*. Scottsdale, PA: Herald Press, 1985; orig. ed. 1968.

Hodges, Melvin L. *Theology of the Church and Its Mission*. Springfield, MO: Gospel Publishing House, 1977.

Minear, Paul. *Images of the Church in the New Testament*. In *New Testament Library*. Edited by Leander Keck. Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 2004; orig. ed. 1960.

Pentecostal Ecclesiology: A Reader. Edited by Chris E. W. Green. Leiden/Boston: E. J. Brill, 2016.

Toward a Pentecostal Ecclesiology: The Church and the Fivefold Gospel. Edited by John Christopher Thomas. Cleveland, TN: CPT Press, 2010.

Volf, Miroslav. *After Our Likeness: The Church as the Image of the Trinity.* Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1998.